

CARTA ABIERTA A UN CORAZÓN ABIERTO (tercera memoria)

Últimamente vienen pasando cosas radicales, diría un surfista, o extremas para los más jóvenes. Pasa que a medida que uno empieza a invertir tiempo en el servicio o apostolado se da cuenta de cosas que superan ampliamente el compromiso inicial con el que empieza; es como ir metiéndose en arena movediza pero en el buen sentido, mientras más te movés más te hundís, pero te hundís en oportunidades, te hundís en encuentros, te hundís en sentimientos que no conoces que tenías dentro.

Mi vida, que hasta no hace mucho parecía tranquila y normal, se fue internando en un terrible berenjenal de experiencias que te llevan desde la asombrosa realidad de la presencia de Cristo en lo más simple de la vida, como una pareja que a pesar de toda su miseria son titanes del amor y la inocencia (1ª memoria), hasta la adrenalina de vivir sin miedos y enfrentar lo que viene con Espíritu joven (2ª memoria), pasando por replanteos y nuevos compromisos, enterándome de cosas que –no me imaginaba ni en sueños– YO podría tener en mi corazón. Este corazón, que si sigue así me va a matar de insomnio porque cada vez que me pongo a escribir es porque no me deja dormir y son 2 o 3 días de dar vueltas hasta que me vence y entonces llego a un acuerdo y escribo estas memorias y me deja un rato de jod...

Enterarme de cosas que no imaginaba, decía, y es que después de sentirte responsable de una actividad pastoral como la que vivimos hace poco con 16 matrimonios, en la que se les dio a conocer ni más ni menos que la CARA DE CRISTO, uno se siente un poco PADRE de esos chicos, es como si fueran semillas plantadas que querés que broten sanas, fuertes, derechas y que algún día den fruto. Ese es uno de los sentimientos más lindos, porque es como que formás parte de la creación de algo puro, sano, en fin: primer sentimiento nuevo, ya que se trata de alguien ajeno a mi familia, mis hijos, etc. (Padre).

Por otro lado de estos 16 chicos, como es lógico y normal, algunas “ovejitas “ se van perdiendo en el camino, sus conflictos personales y de pareja no los dejan terminar de ver la película que Cristo (y de alguna pequeña y miserable parte mi corazón), tenían preparada para ellos. Ovejitas que lo que producen en este corazón es el segundo sentimiento nuevo: por un lado PROTECCIÓN, querés ir y verlos, hablarles, charlar, ayudarlos, seguirlos, cuidarlos como si fueran tus hijos, para que no se golpeen, para que maduren, para que se den cuenta a tiempo de que si no abren el corazón ellos, pero desde adentro, se van a perder, se van a extraviar y se van a pegar tal golpe que quizás los noquee y no se puedan parar más.

Y eso te va matando el corazón. Con cada uno que se deja vencer, con cada uno que no pide ayuda, con cada uno que el vicio o la adicción (a lo que sea) lo puede, se va quedando un poco de tu corazón en ese “hijo”, en esa “ovejita” que no puede volver. Entonces me aparece el tercer sentimiento: angustia, dolor, ansiedad, desazón, etc. (es un sentimiento pero abarca muchos aspectos) y es que si YO, que soy una miserable hormiga en este mundo que Dios creó, me siento así por mis primeros “hijos” nacidos del Amor de dos días de Encuentro, pero de muchos más de preparación, ¿cómo se sentirá Dios al ver esta realidad mundial...? Si me duele profundamente el ALMA por estos pobres chicos que ni siquiera son míos, ¿cómo se habrá sentido Dios conmigo cuando me mandaba tantas caga...? ¿Cómo se habrá sentido Cristo cuando lo estaban flagelando o clavando en la cruz esos hijos y hermanos suyos que ÉL venía a ayudar? ¿Cómo se habrá sentido cuando cada vez que tuve la oportunidad de hacer las cosas

bien, elegía la mentira, el egoísmo, la bronca? ¿Cómo puede ser que haya perdido treinta y pico años de mi vida siendo tan necio, autosuficiente, superficial? Pobre Dios, Pobre Cristo, qué hijos de mier... que tuviste, tan desagradecidos que son capaces de matar a su propio hermano en cada acción desleal, mi mujer y la tuya, mis hijos y los tuyos, mis viejos y los de los que lean esto también. Replanteos a los que me voy a tener que acostumbrar y que de alguna forma misteriosa me van llevando en este camino de crecimiento en el que lo único que queda claro es que no termina nunca. Había sido un bocho al guanaco que lo único que sabía era que no sabía nada. No se si alguien lo dijo pero mientras más estudio más burro me siento.

Hermanos del camino, son muchos sentimientos que mezclan y que tienen mi alma inquieta y mi corazón lastimado, pero es una herida de Amor y a pesar de todo me doy cuenta de que es bueno que me sienta así, me parece; creo que es un buen sentimiento lo de querer ayudar y todo lo que les conté. Por eso creo que Diosito, ese que debe tener un súper, enorme, gigante, mega inconmensurable Corazón lleno de Amor para poder soportar todo lo que hacemos, nos debe tener preparado algo muy bueno para todos; o quizás estos dolores del corazón, que seguro tiene, los debe compensar con algunas obras buenas que hacen algunos y de esa forma va equilibrando la cosa, la herida con la sanación, el error de alguien con el acierto de otro, el desamor de un papá con la adopción de un hijo, la violación de alguien con la entrega total desde el amor de una pareja de chicos que crean una vida nueva, sana y esperan el regalo de vida en Vos. No sé, quizás soy un inocente que cree en los milagros y que vuela en una nube de pedo, diría yo mismo, pero ¿qué le voy a hacer? Hasta que alguien me demuestre lo contrario creo en Dios, en la vida que ÉL nos regaló, en que si bien hay algunos que no pudieron “todavía” con sus dramas, la vida se abre paso a pesar de todo, y Cristo es la vida misma, “yo soy el pan de vida” y esa es mi fortaleza.

Soy Daniel y los quiero mucho a todos.

DANIEL MANZANO, diócesis de Orán